Antología poética

Enlil

Image not found.

Capítulo 1

I

A mí vinieron las líneas del tiempo
a engullir el yo que plantó la esperanza,
y borrar de la memoria toda enseñanza
que de la humanidad en mi alma siembro.
Soy a la paz lo que la tierra al viento:
una página suelta, una sonrisa vana,
un silencio de veras mudo, una añoranza
que nunca pudo cubrir el consuelo.
La Osadía he aprendido del presente
porque a callar me enseñaron en el pasado
y del futuro solo sé que va de frente;
hasta el verbo, sin su esencia, está acabado,
pues ni siquiera soy un será invidente
ni un fue lejano; solo un es cansado.

Capítulo 2

II

Despiérteseme este alma durmiente,

Eros, con tu hálito meridiano

y alce Apolo su áurea mano

hacia este corazón que no siente.

Sé mi luz rutilante, dulce Helena,

para ver en mí tu égida posada

y prestos tus labios de tez rosada

que en perjuicio se avenga de mi pena.

Cuencas de ébano y aguijón de mi ser,

proyecta tu fe en mi interior baldío,

este letargo que me impide ver:

que el mío no será un andar vacío,

que eres la gran razón de mi querer,

que me liberarás de mi extravío.

Capítulo 3

III

Puedo escribir, como Neruda, los versos más tristes esta noche,

cantar, con él, a una sombra fugitiva que asuma

la futilidad de soledades pasadas.

Quisiera recordar esa lacerante herida de felicidad

que no haga del dolor

un yerto desierto.

Aspirar al reencuentro de los cuerpos de los astros

en una fulgurante danza de armonía y besos

auscultando los latidos del universo, dar forma

en la hora de las angustias, a un troquel de sones

que evoque el lirio, el mar

y todo lo qe dignifica.

Puedo escribir para borrar esa mengua

en el espíritu que supone el recuerdo vivo

de estar yo, mi soledad y mi poesía.

Capítulo 4

IV

"¡Injusticia!", clamé
a ese espejo de ébano broquelado
de promesas luminosas. La malicia del mundo
me escupió ese conocido eco de silencios
que a incógnita y absurdo saben.

Y caíste, como prosternada a un dolor
que ya da sus últimos estertores, guarnecida
de agrias sombras volátiles, como volátil mece
la espiga el viento.

Y paseó tu rostro por lágrimas con sabor a limón y ceniza.
Entre muros de hirsuta aspereza tu lamento de hierro
golpeó perfidias anónimas, mas en vano. Las manos
solo tapan orejas, no tienden manos gemelas.

Y alzaste pudorosa tu talle, dulce tallo de orquídea,
buscando enjugar los pesares que deslíen
tu sonrisa de papel rasgado, en un alma
o sombra hermana.

Y no, no conociste hasta tres veces la verdad
como hizo el más fiel discípulo antes del gallo.
Mas entonces desnudaste la ira y los espinos,
y los cuchillos y las miserias humanas.

Y escuchaste un son, quizá de esa sombra amiga,
que te hizo saber que el dolor no necesita cómplices:
se basta a sí mismo, pero no así el amor,
a un amante, a una madre o al mundo. Qué importa.

Y te erguiste, y despertaste, y sonreíste
como ahora sonríes.

Capítulo 5

V

Un lápiz creando una melodía,
voces torcidas en hoja rasgada,
tal es mi voluntad, llama menguada
que exhala su última melancolía.

Me erijo en esa curiosa ironía
que llaman poeta, un alma abrumada
por conciliar la palabra cantada
y mano de ajena soberanía.

Desconozco por qué ignoras mis ruegos
devolviéndome un haz de eco vacío
que hace estremecer estos muros ciegos.

Quizá este mundo hilvanado de hastío
la belleza de los mármoles griegos
nunca ansíe, solo su ego baldío.

Capítulo 6

VI

Con resuello sobre ti fui a caer
una nebulada noche de ensueños
y sueños, de caprichos y deseos,
de ser lo que nunca se pudo ser.

Un bálsamo para mi grito ahogado
que enjuga lágrimas de un llanto mudo
y cercena el doloso mal pasado
haciendo claro el día más oscuro.

Con tu mirada tengo lo que quiero,
un flujo de emociones en alud
que anula toda vana cuita a cero.

Te digo lo que el poeta andaluz,
con la magia de su pródigo verbo:
"¿Poesía? Poesía eres tú".

Capítulo 7

VII

Refulgiendo de promesas
de candidez, tal un rayo
solazando agraces llanos
con efímera belleza,
así dejaste tu estela,
semejante a porción de alma
que busca su congrua hermana
en espiritual unción:
que una fraternal unión
comienza con esto o nada.
¿Poco es? Pero recuerda
que estos versos escasos
testimonian que lo que es bello escapa
si con manos se apresa,
y que nunca un hermano
dirá a su igual que estas palabras bastan.

Capítulo 8

VIII

En los intersticios hay de toda alma
evocadoras simas que al ojo escapan
y que ni aun un altivo entendimiento penetra.
Son estos recodos mínimos de ser
y etéreas saetas errantes que hieren
zafias pretensiones de encuadre, de palabras,
de moldes tísicos que en vano aprisionan,
con dedos de esparto, la acuosa esencia
a cargo de separar lo ínfimo de lo íntimo,
la hiel de la miel, al Samsara del Brahman.
Fue en una noche de tedio crepuscular,
cuando el búho y el autillo dibujan
su faústica sonrisa sobre tejos extemporáneos
-noches de languidez que en la Sibila
inspiraron quebradizas ensoñaciones
ya trituradas por Cronos, el devorador-
acariciando el reloj la hora del Anticristo,
sí, te encontré, con ese encanto prosaico
de adormidera que encierra misterios arcanos,
o espectral belleza telúrica, invitando
al embriagado transeúnte a acceder
a dedálicos laberintos sin el hilo de Ariadna.
Ahora sé por ti que los geómetras erraban:
la verdad es curva, la grandeza, subterránea
y cuando el Érebo nos arrastra a la Parálisis,
al abrigo tentador de nuestras conmiseraciones,
desciendes como Beatriz los siete círculos
para iluminar mi cieno y caminar sin miedo.

Capítulo 9

IX

A los borrachos y disipados,
a los que buscan el confesionario en el fondo de una copa,
a los apátridas y desheredados,
a los que no afanan ni pretenden,
a los que albergan en sí su juez y su redentor,
a los hipotecados en la incertidumbre,
a los lisiados y vagabundos del espíritu,
a los que viven instalados en el desgarramiento,
a los que han tenido por segunda madre el dolor,
a los que no tapizan los hematomas de su alma,
a los que prefieren arrastrar su soledad palpitante a consumirse en un amor
[incompleto,
a los que no cazan la atención ni buscan la impostura,
a los que no tienen más patria que su ideales,
a los que saben silenciar las eternas vanidades acechantes,
a los que tienen por única y verdadera religión su sonrisa,
a los valientes que no hallan diferencia entre desnudar un cuerpo y desnudar su alma,
a los que hacen mosaicos de belleza con sus sueños triturados,
a los que comprenden su prisión, y ven al mirlo tras los barrotes,
a los que entienden que el amor es la única servidumbre que libera.

A vosotros, los exiliados del corazón,
os digo: no estáis solos.

Capítulo 10

X

Recuerda que hay júbilo, ¿lo habrá? Pero lo hubo.
¿Dónde? En este blanco fatigado que aplasta,
O en estas lápidas de cemento circunstante,
no sé, tal vez en este lívido trino de agua
en que el cielo y tu rostro son madres de las mismas lágrimas.

Pero es que la lluvia, de tan pura, siempre miente.
Busca mejor en esos sótanos del recuerdo
donde tu sonrisa y los seres erais solo uno,
y no había sinonimia entre el vivir y el miedo.
Allí, recuerda, habita enterrado en polvo de angustias tu
[liberación.